

Presencia de Susana Soca

por
ALVARO ARMANDO VASSEUR

HE leído los extraños, enigmáticos versos de Susana Soca, esas poesías de púdicos soslayos, contradictorias, y cuidadas síntesis. Es el mental de Susana, un caso singularísimo de confluencia de dones rítmicos, poéticos, de gracia evocadora, de concentrada emotividad, sosteniéndose en el más límpido, en el más rarefacto éter místico lírico.

Había ido logrando —lo que rarísimas—, en el ámbito rítmico, verbal de la poesía, superar las tinieblas de las figuraciones legendarias, de los ídolos tribales, de la temática pasional, de las crudezas más o menos anecdóticas. Planeaba en la pureza vestálica, en pleno logos apolíneo. Se nos aparece así como una grande ingrávida libélula, selladas las hondas crisis vividas, en su apariencia feérica.

Como presumo sobrevendrá algún otro volumen, ya tendremos ocasión de renovar los sorprendentes contrastes que traslucen tantos de sus versos. Ejemplos de exquisita sencillez, en el magisterio poético, la soledosa gentileza que tanto caracterizaron su trato y su presencia.

No era necesario su final sublime, para que la noble artista del idioma, y de las amistades ilustres, apareciera transfigurada. Ya era una deidad tutelar de la miseranda grey.